

creto al hijo del Capitan, pareciendola que aquel jóven se llenaria de horror, y concebiria la mayor indignacion contra la monstruosa confusion de tan infames complacencias. Pero aunque al principio se quedó altamente sorprendido, un instante despues se echó á reir á taco tendido, reflexionando un poco sobre una aventura tan estafalaria. Con efecto hay ciertas gentes, que hacen chacota de las acciones mas abominables, quando en ellas se mezcla alguna gracia en el exercicio de la mayor disolucion, precisamente porque se acomodan á su genio libertino y relajado. Pero lo peor del caso fue, que habiendo el hijo del Capitan comunicado á Gaspar la graciosa pieza (como él la llamaba) que les habian jugado, Gaspar, que como buen Español no entendia de chanzas tan ofensivas á la honestidad, y al honor, entró en una furiosa cólera, la que disimuló por algun tiempo con prudencia; pero anoche tuvo ocasion de desahogarla, porque entrando en casa de las amigas á tiempo que estaban solas en ella las dos hermanas, cortó á una las narices, y á otra las orejas, y habiendo enfilado unas y otras en aquellos lazos que servian á las gemelas del distintivo, y habian sido como el instrumento que facilitó la nefanda equivocacion, hilvanó las narices en el pecho de la que habia quedado sin orejas, y las orejas en el lazo de la que estaba sin narices: hecho esto, puso pies en polvorosa, y partió de este país, sin que se sepa adonde habrá ido á parar. Discurren ustedes, qué

cosas se dirán en el Lugar. El hecho es, que los mas celebran el oportuno ofrecimiento del Español, que supo encontrar un distintivo tan justo y tan visible para no equivocarse las dos hermanas, quitándolas al mismo tiempo la ocasion de continuar los escándalos á que habian dado principio con tanta facilidad. Mucho nos hizo reir el mesonero con su relacion, así por el satírico modo con que la habia dispuesto, como por las cosas tan raras que se encontraban en sus mas curiosas ó mas interesantes circunstancias; y considerando yo por autor de aquel suceso al hijo de Baltasar Velazquez, el mismo que habiamos encontrado aquel propio dia, tuve la discrecion de no dar á entender que le conocia, y con esto despidiéndonos del mesonero, nos fuimos todos á dormir.

CAPITULO XI.

Prosiguen juntos su viage Scipion y Don Abél. Llegan á Inspruch, donde se encuentran con Don Manrique Medrano, quien les hace relacion de sus aventuras.

El dia siguiente proseguimos nuestro viage, sin esperar á que nuestro mesonero nos espetase mas relaciones; y en pocos dias llegamos á Colonia. Quando me ví en un país donde se profesaba la

Religion Católica, me informé de todos los monasterios que había en él, y todos los visité uno por uno, para ver si encontraba en alguno de ellos á Gil Blas. Al mismo tiempo Don Abel espiaba con la mayor atención á todas las mugeres pordioseras, por si entre ellas descubria á la traydora Leonilde; pero ambas diligencias fueron igualmente inútiles y vanas. Es Colonia una ciudad rica y grande, por lo que nos detuvimos en ella diez ó doce dias, y despues en el discurso de año y medio recorrimos casi toda la Alemania. Habíamos llegado ya al Tiról, para entrar por él en Italia, de manera, que solo nos faltaba ver la ciudad de Inspruch. Partimos á ella hácia fines de Noviembre, y el cochero nos guió á una muy buena hostería (que asi se llaman en Italia los mesones), donde se alojaban casi todos los forasteros distinguidos. Al entrar en el zaguán ví en él una persona, que me parecia haber visto muchas veces. Volvíla á mirar mas fixamente, y ella hizo lo mismo conmigo. Al cabo caí en cuenta, y conociendo que era Don Manrique Medrano, aquel buen Amo y mi Señor, que yo habia tenido en Córdoba, ¡ah, Señor! exclamé: es posible que vuestro buen siervo y fiel criado Scipion ha tenido la fortuna de volver á ver á V. S. antes de morir. ¡O querido mio Scipion! me respondió él, á quien siempre estimé tanto, y cuya pérdida me fue tan sensible, quando sin hablar palabra te saliste de mi casa, y partiste de Toledo: ¿no me dirás qué motivo tuviste para haberme abandonado en aquel

tiempo, y cuál ha sido tu vida desde entónces? Le informé de todo quanto me habia sucedido, sin callarle el motivo que me hacia andar rodando por el mundo, y despues le pregunté: ¿pero V. S. Señor, cómo lo pasó con la Marquesa de Almenara? ¿Vive todavía aquella admirable y amabilísima Señora? ¿ó quizá le dexó luego en plena libertad de poder pasar á segundas nupcias, mas proporcionadas á los años de V. S. y tambien á la necesidad de dexar un propagador á su nobilísima familia? Scipion (me respondió) la Marquesa murió quatro años despues que tú te saliste de mi casa; me dexó por heredero de todo quanto tenia, y yo me ví precisado á pensar en dexar en el mundo quien me sucediese, como tú mismo lo has adivinado. Tomé por esposa á una de la gran casa de Mendoza, la que me regaló con numerosa propagacion, que seria hoy el dulce consuelo y precioso báculo de mi vejez, si no la hubiera perdido toda de la manera que ahora te quiero contar.

Diez años ha que me dió el Rey un Gobierno en la isla de Cerdeña, á donde me fue preciso pasar, llevando conmigo toda mi familia, porque verosimilmente iria larga mi permanencia en aquel país. Nos embarcamos en Barcelona en un navio Español, y nos hallábamos ya á la altura del cabo de Cáller, muy cercanos al suspirado puerto, quando nos dieron caza dos Corsarios Argelinos. Cañonearon nuestro buque, abordáronle, y nos vimos precisados á rendirnos despues de habernos defendido con valor. Conduxéronnos á Argel:

toda mi familia fue separada una de otra; mi esposa fue conducida al serrallo del Bey; á mis hijos los vendieron á diferentes amos, y en diferentes lugares: á mí me tocó ser esclavo del Comandante de los dos navios Corsarios, el qual me hizo pasar á un lugarcito suyo en las faldas de las montañas de Argel, hácia el Reyno de Tunez. Aunque es tan terrible el estado de una esclavitud en tierra de bárbaros, no se me hacía tan dolorosa por mi persona, como por la de mi cara muger, y nuestros inocentes hijos: me tenia inquietísimo la incertidumbre de su estado; y sabiendo bien el desprecio con que se miraban las leyes de la honestidad y de la decencia respecto de las mugeres en un país donde se hacía mérito de la misma disolucion, tenía grandes motivos para estar continuamente sobresaltado por el peligro de mi buena esposa, y de dos tiernas doncellitas hijas nuestras, que habian ido en su compañía. Es cierto que en llegando á España la noticia, se practicarían las mas poderosas y mas eficaces diligencias para nuestro rescate; pero iria largo, y el peligro en que estaban aquellas pobres criaturas, era inminente y continuo: por tanto toda mi esperanza estaba colocada en alguno de aquellos reservados y extraordinarios medios, que son tan fáciles á la divina Providencia. Mientras tanto yo mudé de amo, y esta mudanza fue la ocasion de mi suspirada libertad. Fui vendido á un renegado, que era patron de un barco Berberisco armado en corso,

que salia todos los años. Nos embarcamos en él, y habiendo dirigido nuestro rumbo hácia las aguas de Sicilia y de Nápoles, un dia me llamó el patron á su camarote, y me habló en estos términos. Gran gusto tengo de que seas esclavo mio: solo te compré para hacerte un importantísimo servicio. Sábete que mi nacimiento es igual al tuyo: le logré en la ciudad de Florencia, y quando tenia solos doce años fui preso por los Corsarios en la costa de la isla de Elba. En aquella corta edad les fue fácil persuadirme á que abrazáse su Religion; pero luego que crecí, mi Religion natural cobró el ascendiente sobre mi titubeante corazon, y desde entónces acá me he mantenido en la apostasia con grandísima vergüenza, y con no menor repugnancia. No obstante vencía una y otra en lo exterior, tanto, que en vista de lo que me veían obrar en la apariencia, todos me tenían por un perfectísimo y zelosísimo Musulmán, en cuyo concepto, con el mayor gusto me dieron licencia para que saliese al corso contra los Christianos. Pero esto no lo solicité yo con otro fin, que con el de lograr ocasion de meterme en un puerto de ellos, para abjurar la ley de Mahoma, y restituirme al gremio de la Santa Iglesia Católica. Con este fin procuré formar mi equipage y marinería del mayor número de esclavos que me fué posible, para que siendo superior al de los Turcos, me facilitasen la execucion de lo que habia resuelto, y de antemano ideado. Me hallo al presente en estado de dar la última ma-

no á mi proyecto , á lo qual principalmente me espolea el grande amor que tengo á una esclava de bellísima índole , que está en mi casa , y la compré dos meses há. Esta buena muger es tan observante de los dogmas de la verdadera Religion , que habiendo resistido por largo espacio de tiempo á las grandes y lisongeras sollicitaciones de su primer patron , que es un rígido sectario del falso Profeta , aburrido éste y despechado resolvió exponerla públicamente en el baño , y venderla al que mas diese por ella. Yo fui el dichoso que la compré , y espero que quando ella vea que profeso su misma ley , no tendrá escrúpulo de darme su mano , y unirse conmigo con el sagrado vínculo del santo matrimonio. Uso con ella de toda condescendencia , y no solo no la he hecho jamás la mas mínima proposicion de amor , sino que siempre la he tratado con todas aquellas atenciones que dicta el respeto y la veneracion á su virtud y á su sangre. Y bien informado yo de tu desgracia , procuré , movido de aquella natural inclinacion que tengo á todos los esclavos Christianos , y mucho mas particular á los que son nobles como tú , procuré , vuelvo á decir , traerte á mi servicio ; lo que conseguí mediante una buena suma de dinero que desembolsé para comprarte. Mi ánimo pues no es otro , que enderezarme al puerto mas cercano de Sicilia , haciendo primero tomar las armas á la chusma de los esclavos , y poniendo en su lugar á la cadena á todos los bárbaros , en cuyo intento te ruego me asistas

on

con

con tu consejo , con tu persona , y con la autoridad que te daré , declarandote Capitan de todos tus compañeros. No podrás creer , querido Scipion , lo sorprendido que quedé al oír semejante discurso ; pero no puedo menos de decirte , que en medio del dulce nombre de libertad con que me brindaban , me costaba gran dolor abandonar un país donde dexaba las mas preciosas y estimadas prendas de mi amor. Con todo eso se tomaron las medidas mas necesarias para asegurar el buen éxito de la peligrosa empresa , y puestos sin grande dificultad á la cadena todos los Turcos , entramos alegremente en el puerto de Palermo , enarbolando primero vándera francesa. No es decible el asombro que causó en todos los vecinos de aquella gran ciudad la resolucion del renegado. Todos le miraban como un hombre extraordinario , y habiendo entregado su buque en manos del Intendente de Marina , desembarcó con todo su equipage y con todas sus riquezas , que eran muchas , y luego alquiló una casa muy decente , la que alhajó inmediatamente con muebles ostentosos y de exquisito gusto.

Aun no habia visto yo á la esclava , de quien el renegado me habia hecho tan honorífica como respetuosa mencion ; porque la tenia muy guardada en un bellissimo camarote de su galeota , negándola no solo á los ojos , sino tambien á la noticia de la tripulacion. ¡ Pero gran Dios ! qué tribulacion fue la mia quando el primer dia que entramos á habitar la nueva casa , me llamó mi

li-

libertador, y conduciéndome él mismo á un gabinete, me presentó mi cara esposa, diciéndome, que aquel era el objeto de su puro y legítimo amor, de que él me habia hablado. El gozo que me causó aquella inopinada vista, me trastornó los sentidos, y caí medio desmayado en tierra. Ella tambien padeció un deliquio que la dexó fuera de sí; luego que fixó los ojos en mí, y reconoció mi persona; el renegado se quedó atónito quando se halló con aquella escena, sin acertar á pronunciar una sola palabra en largo rato. Finalmente luego que se recobró, me dixo: Don Manrique, ¿qué quiere decir esto? ¿qué conexión tienes tú con esta dama? Por qué razon se han agitado tanto los espíritus de ambos. ¡Ah! Señor, y amigo mio, le respondí. Vos me habeis dado la libertad, pero al mismo tiempo quereis quitarme mi muger. Esta es la que el cielo me dió por compañera de mi vida, la que nuestra desgracia separó de mí en nuestra esclavitud, y la que la misma, ó acaso mayor desgracia ha dispuesto que nos volvamos á ver, quando el cielo por vuestro medio nos habia restituido á nuestra libertad. Yo sé por vuestra misma boca, que vos la amais, y siento que por ahora no os sea posible lograr el honesto fin de juntar con la vuestra su fortuna, sin hacer un grande agravio á la justicia, y vulnerar enormemente una indispensable ley de aquella santa Religion que deseais volver á profesar. Basta: no prosigais adelante; me interrumpió el renegado. Seria yo el mas im-

pío

pio profanador de los mas venerables ritos de de aquella Religion, que tan desgraciadamente abandoné, y á la qual deseo volverme ahora, si diera principio al arrepentimiento de mi negra apostasia por una accion tan torpe y tan villana, como sería la de pretender quitarte tu legítima esposa. Fuera de eso, ligandome contigo una verdadera y sincerísima amistad, esta solo me bastaba para desistir de una pretension, que reconozco incompatible, con lo que se debe, no digo ya á un amigo, pero ni aun al hombre mas ruin, mas indiferente, y menos conocido. Goza pues de tu esposa en adelante, ni mas ni menos como quando estaba en tu poder, que yo estaré contentísimo de hacer un sacrificio tan justo y tan necesario, al segundo noviciado que voy á comenzar de la vida christiana, y á las obligaciones de una verdadera amistad. Dixo, y aquel buen hombre nos dexó en una entera libertad de explicarnos reciprocamente en todas las amorosas demostraciones correspondientes á tan impensado como próspero suceso. Una sola cosa turbaba nuestra alegria: conviene á saber, la memoria de nuestros hijos, y el dolor de no saber su paradero. Informado nuestro libertador de lo que motivaba nuestra afliccion, quiso añadir al primer beneficio otro no menos estimable. Propusonos, que él mismo volveria en persona á Berberia, para solicitar la libertad de aquellos niños del mismo modo que habia dispuesto la nuestra: pro-

TOMO V.

NN

yec-

yecto que no podían desaprobarnos unos padres tan amantes como eramos nosotros de nuestras queridas prendas. En cuya consecuencia, pasó el Renegado á informar de su virtuosa intencion al Virrey de Sicilia, y obtenido el permiso de éste para volver al Africa en la misma Galeota en que habia partido de Argél, y equipandola con suficiente número de aquellos Turcos, que servian de esclavos en Palermo, dandoles á entender, que habia conseguido su libertad, cambiandolos por otros tantos Christianos, se hizo á la vela con ellos, abandonando las costas de Sicilia, y acompañado de nuestras continuas oraciones, pidiendo al cielo por el buen éxito de tan piadosa y generosa expedicion.

En qué paró aquel buen hombre, eso es lo que yo no sé; solo sé, que le estuve esperando largo tiempo en Palermo, á donde me dió palabra que volvería dentro de un término limitado. Esperéle muchos meses despues que aquel se habia cumplido, y viendo que no parecia, resolví restituirme á España en compañía de mi muger, sin haber podido lograr noticia alguna del Renegado por mas diligencias que hice para saber de él. Hallandome en estas circunstancias, procuré que se escribiese á los Padres Redentores de Argél para tener alguna noticia de mis hijos. Respondieron que un Corsario los habia comprado á todos uno por uno, y que con ellos habia partido á Constantinopla, de donde no habia vuelto todavia. Esta noticia me

hizo sospechar vehementemente, que el Renegado, faltandome á lo prometido, habria regalado al Gran Señor mis inocentes hijos; pensamiento que me sacó fuera de mí, recelando que las dos infelices muchachas fuesen ya desgraciadas víctimas sacrificadas á la brutal sensualidad de aquel insaciable Soberano. Hízome tanta impresion este horrible pensamiento, que determiné hacer un viage á Constantinopla, solo por saber si era cierta una desgracia, que solamente el considerarla posible, me llenaba de susto y de pavor. Partí, pues, de España, y pasando por la Corte de Francia, logré algunas cartas de recomendacion para el Embaxador, que reside en la Puerta, á donde me encaminé con la mayor solitud. Pero todas mis vivas diligencias fueron inútiles y vanas. Ninguna noticia pude adquirir del Renegado Abdulá Osman (que este era su nombre) antes bien supe con total é indubitable certeza, que jamás se habia visto tal hombre en aquella gran Capital del Imperio Otomano. Así que medio desesperado determiné volverme á tierra de Christianos, y transitando por Ungría y por el Austria, llegué á esta Ciudad, donde entre tantas aficciones logré el consuelo de volver á verte, y desde aquí pienso dar otra vuelta por Sicilia, y quién sabe, si desde allí me impelerá el amor paterno á ir voluntariamente á meterme de nuevo en Berbería; porque no me puedo resolver á restituirme á España sin ad-

quirir alguna noticia cierta del paradero de unas personas, que tengo tan dentro del corazón, y que hoy son todo el objeto de mis amorosas inquietudes.

Esta fue la relación que me hizo Don Manrique Medrano, de cuyos estraños y dolorosos sucesos tanto Don Abél como yo quedamos verdaderamente condolidos. Pero habiéndole oído, que pensaba hacer el mismo viage que nosotros pensabamos hacer, tuvimos grandísimo gusto, y la mañana siguiente nos pusimos todos en camino, dirigiendonos á Trento, primera Ciudad de Italia por aquella parte.

CAPITULO XII.

Llegan á Trento Don Manrique, Don Abél y Scipion. Lo que vieron en aquella Ciudad, y relación de las enormes maldades de Leonilde.

Luego que llegamos á Trento, salimos á ver las cosas mas raras de aquella Ciudad, que á la verdad son poquísimas; pero Don Abél tuvo gran gusto, quando vió conducir dos personas á cierto parage, para ser quemadas vivas. Miró con mucha atención á una y á otra, ambas de diferente sexô, y en la muger reconoció á la

infeliz Leonilde, la qual aunque iba con los ojos baxos entre la turba de los que la conducian al suplicio, no mostraba estar muy acobardada á vista de una muerte tan terrible y tan vecina, como la que la estaba esperando. Preguntó entonces con curiosidad, ¿qué delitos habia cometido aquella pobre muger, que mereciesen una pena tan atroz? Informaronle de que habiendo muchos años que Leonilde habia llegado á Trento, en compañía de aquel mismo hombre, que ahora la iba acompañando al suplicio, vivia muy retirada en una casa, que habia alquilado á cierto ciudadano rico.

Ella (prosiguió el que informaba á Don Abél) no salia de casa sino para ir á la Iglesia, en la que estaba con una devoción, que edificaba á quantos la veían. Ninguno frequentaba su casa, cuya puerta solamente se abria á su compañero, que en el concepto de todos pasaba por su marido: el ciudadano, que era dueño de la casa, iba de mes á mes á cobrar el alquiler, y al instante se salia. Era este tal un hombre como de quarenta años, el qual por su desgracia se habia enamorado de una muchacha de quince años. Esta (sea el que quiera el motivo) por ningun caso queria corresponderle: crueldad que despedazaba el pobre corazón del miserable ciudadano, tanto, que viendole sus amigos consumido de tristeza y de melancolía, les causaba grandísima compasión. Un dia, que poseido enteramente de una negra hipocondría, fue á casa de

Leo-